

los distribuyó lo mejor posible en las posiciones de la Corona y de Rívoli, y después de asegurarse que Vaubois podría resistir allá algunos días, para cubrir la izquierda y la retaguardia, volvió á Verona á fin de operar contra Alvinzy. La calzada que conduce desde el Brenta á Verona, siguiendo la falda de las montañas pasa por Vicenza, Montebello, Villa-Nova y Caldiero: Alvinzy, asombrado de ver á Bonaparte replegarse al día siguiente de un triunfo, le había seguido á lo lejos, sospechando que solamente los progresos de Davidovich podían inducirle á retroceder, y esperaba ver realizado su plan de concentración á Verona, por lo cual se detuvo á unas tres leguas de esta plaza, en las alturas de Caldiero, que dominan el camino. Estas alturas presentaban una excelente posición para hacer frente al ejército que saliese de Verona; Alvinzy se estableció, pues, en ellas, dispuso baterías y no olvidó nada para hacer la posición inexpugnable.

Bonaparte practicó el reconocimiento y resolvió atacarlas en el acto, porque la situación de Vaubois en Rívoli era muy precaria, y no le dejaba mucho tiempo para operar contra Alvinzy. Marchó contra él en la tarde del 21 (11 de noviembre), rechazó su vanguardia, y acampó con las divisiones Massena y Augereau al pie de Caldiero. Al rayar el día descubrió á Alvinzy que, fuertemente atrincherado, aceptaba la batalla. La posición era accesible por el lado de las montañas que Alvinzy no había cuidado mucho de defender; y así Bonaparte, mandando á Massena que se dirigiese á él, encargó á Augereau que atacase el resto de la línea. La acción fué muy reñida; pero la lluvia que caía á torrentes proporcionó notable ventaja al enemigo, cuya artillería se hallaba de antemano en buenas posiciones, al paso que la nuestra, precisada á moverse por caminos intransitables, no podía asestarse adonde convenía, y por lo tanto, ningún efecto producía. Sin embargo, Massena logró escalar la altura descuidada por Alvinzy; mas de repente se trocó la lluvia en un frío granizo, que impelido por un recio viento azotaba el rostro de los soldados. En el mismo instante Alvinzy mandó á su reserva marchar contra la posición tomada por Massena y recobró al fin todas sus ventajas. En vano quiso Bonaparte renovar sus esfuerzos, pues nada pudo conseguir. Los dos ejércitos pasaron la noche en presencia uno de otro; la lluvia no cesaba de caer, poniendo á nuestros soldados en el estado más lastimoso; y al día siguiente, 23 brumario (13 de noviembre), Bonaparte volvió á entrar en Verona.

Comenzaba á ser desesperada la situación del ejército, porque después de haber rechazado inútilmente al enemigo al otro lado del Brenta, y sacrificado sin fruto á muchos valientes; después de haber perdido en la izquierda el Tírol y cuatro mil hombres; después de empeñar una batalla desgraciada en Caldiero para alejar á Alvinzy de Verona y debilitarse sin provecho, parecían perdidos todos los recursos. La izquierda, que sólo tenía ocho mil hombres, podía verse á cada momento arrojada de la Corona y Rívoli, quedando Bonaparte entonces encerrado en Verona. Las dos divisiones de Massena y Augereau, que formaban el ejército de operaciones contra Alvinzy, habían quedado reducidas en dos acciones á catorce ó quince mil hombres. ¿Y qué podían hacer éstos contra cerca de cuarenta mil? La ar-

tillería, que nos había servido siempre para equilibrar la superioridad del enemigo, no podía moverse en medio de aquellos pantanos; y así no quedaba esperanza de pelear con buen éxito. El ejército se hallaba consternado, y ya comenzaban á murmurar aquellos valientes soldados, probados con tantas fatigas y peligros, irritándose á veces como todos aquellos que son inteligentes y capaces de discurrir.—«Después de haber destruido dos ejércitos que marchaban contra nosotros, decían, hemos tenido que deshacer los que combatían con las tropas del Rhin. A Beaulieu ha seguido Würmsér; á Würmsér Alvinzy, y la lucha se renueva diariamente. Nosotros no hemos de cumplir por todos, pues no nos toca pelear contra Alvinzy, como no nos correspondía combatir contra Würmsér; si cada cual hubiese hecho lo que le corresponde como nosotros, ya estaría terminada la guerra. Y si aun nos dieran por lo menos socorros proporcionados á nuestros peligros, pase; pero nos abandonan en el fondo de Italia, nos dejan solos contra dos ejércitos innumerables; y cuando después de haber vertido nuestra sangre en miles de combates seamos rechazados hasta los Alpes, volveremos sin honor y sin gloria, como fugitivos que no han cumplido con su deber.»

Estos eran los discursos de los soldados en su campamento; y Bonaparte, que participaba de su enojo, escribió al Directorio el mismo 24 brumario (14 de noviembre) lo siguiente: «Todos nuestros oficiales superiores, todos nuestros primeros generales están fuera de combate; el ejército de Italia, reducido á un puñado de hombres, desfallece. Los héroes de Millésimo, de Lodi, de Castiglione y de Bassano han muerto por su patria ó se hallan en el hospital; sólo le queda al ejército su reputación y su orgullo. Joubert, Lannes, Lamare, Victor, Murat, Charlot, Dupuis, Rampón, Pigeón, Menard y Chabraut están heridos; nos vemos abandonados en el fondo de Italia; los valientes que aún me quedan se hallan amenazados de una muerte infalible en medio de continuas alternativas y con fuerzas tan inferiores. Tal vez suene pronto la hora del bravo Augereau y del intrépido Massena...; y entonces, ¿qué será de esos valerosos hombres? Sólo la idea me acobarda, y ya no me atrevo á arrostrar la muerte, que abatiría á los que son objeto de mi solicitud. Si hubiese recibido la brigada 73.^a, compuesta de tres mil quinientos hombres, conocidos en el ejército, habría respondido de todo; pero dentro de pocos días, tal vez no haya bastante con cuarenta mil. Hoy daré descanso á las tropas; mañana obraremos según los movimientos del enemigo.»

Sin embargo, mientras dirigía estas amargas quejas al gobierno, aparentaba la mayor seguridad á los ojos de sus soldados; repetales por conducto de sus oficiales que era preciso hacer un esfuerzo y que éste sería el último; que aniquilado Alvinzy, se agotarían para siempre los medios del Austria, y quedaría conquistada la Italia, asegurada la paz y coronado de gloria el ejército. Su presencia y sus palabras reanimaban el valor: los enfermos devorados por la fiebre, al saber que el ejército estaba en peligro, salieron en tropel de los hospitales para ir á ocupar su puesto en las filas; y en todos los corazones dominaba la más viva y profunda emoción. Los austriacos se habían acercado el mismo día á Verona y enseñaban las escalas que habían preparado

para franquear los muros. Los veroneses manifestaban su alegría creyendo ver dentro de pocas horas á Alvinzy reunido con Davidovich en su ciudad y á los franceses aniquilados, y muchos de los que estaban comprometidos por su afecto á nuestra causa, paseábanse tristemente, contando el reducido número de nuestros soldados.

El ejército esperaba con ansiedad las órdenes del general, confiando en que de un momento á otro dispondría un movimiento; pero transcurrió el 24 y contra la costumbre no anunció nada la orden del día. No obstante, Bonaparte no había perdido el tiempo, y después de meditar en el campo de batalla, adoptó una de esas resoluciones que la desesperación inspira al genio. A la caída de la noche, dase á todo el ejército la orden de tomar las armas, recomendándose el mayor silencio; se rompe la marcha, pero en vez de dirigirse hacia adelante, se retrocede, se vuelve á cruzar el Adige por los puentes de Verona, y se sale de la ciudad por la puerta que conduce á Milán. El ejército cree que se emprende la retirada, renunciándose á conservar la Italia, y reina la tristeza en las filas; pero á poca distancia de Verona se flanquea á la izquierda, y en vez de seguir alejándose del Adige, se costea bajando en la dirección de su corriente. Después de recorrer un espacio de cuatro leguas y al cabo de algunas horas de marcha, se llega por fin á Ronco, donde un puente de barcas preparado por orden del general permite cruzar de nuevo el río, y al amanecer se halla otra vez el ejército al otro lado del Adige, que creía haber abandonado para siempre. El plan del general era extraordinario é iba á dejar asombrados á los dos ejércitos. Al salir de Verona el Adige deja de correr un momento perpendicularmente á las montañas y al mar y se oblicúa hacia el Levante, en cuyo movimiento acércase el camino de Verona al Brenta, sobre el cual estaba acampado Alvinzy. Una vez llegado Bonaparte á Ronco, se encontraría otra vez sobre los flancos de los austriacos y casi á retaguardia. Por medio de este puente hallábase situado en el centro de dos vastos pantanos, cruzados por dos calzadas; una á la izquierda, remontaba el Adige por Porcil y Gombione, llegando hasta Verona; la otra, á la derecha, pasaba por un pequeño río que llaman el Alpón, comunicándose con el pueblo de Arcola, é iba á terminar en el camino, hacia Villa-Nova, por detrás de Caldiero.

Bonaparte tenía, pues, en Ronco dos calzadas que iban á reunirse con el gran camino cortado por los austriacos, una entre Caldiero y Verona, y la otra entre Caldiero y Villa-Nova. He aquí cuál había sido su cálculo: en medio de aquellos pantanos, la ventaja del número se anulaba completamente; no era posible maniobrar sino sobre las calzadas, y en ellas debía decidirlo todo el valor de las cabezas de columna. Por la de la izquierda, que iba á enlazarse por el camino entre Verona y Caldiero, podía caer sobre los austriacos si trataban de asaltar á Verona; y por la de la derecha, que cruza el Alpón en el puente de Arcola, desembocando en Villa-Nova, sorprendería la retaguardia de Alvinzy, siéndole fácil apoderarse de sus parques y bagajes, interceptando su retirada. Era, pues, inatacable en Ronco; y extendía sus dos brazos alrededor del enemigo. Había mandado cerrar las puertas del Verona,

dejando á Kilmaine con mil quinientos hombres para resistir el primer asalto. Esta combinación tan audaz y profunda asombró al ejército, que en el acto adivinó la intención, concibiendo grandes esperanzas.

Bonaparte situó á Massena en el dique de la izquierda á fin de remontar sobre Gombione y Porcil para sorprender por retaguardia al enemigo si éste marchaba sobre Verona, y dirigió á Augereau por la derecha para salir á Villa-Nova. Era ya cerca del amanecer cuando Massena se puso en observación en el dique izquierdo, mientras Augereau, para recorrer el de la derecha, debía atravesar el Alpón por el puente de Arcola. Algunos batallones croatas, destacados allí para vigilar el país, ocupaban la orilla con sus cañones asestados contra el puente, é hicieron tan vivo fuego á la vanguardia de Augereau que la obligaron á retirarse. Acudió Augereau para conducir de nuevo á sus tropas, pero el fuego del puente y de la orilla las detuvieron de nuevo, y fué necesario ceder á este obstáculo y hacer alto.

Entretanto, Alvinzy, que observaba atentamente á Verona, suponiendo que aún estaría allí el ejército francés, oyó con sorpresa un fuego bastante vivo en medio de los pantanos; mas no suponía que el general Bonaparte pudiera elegir semejante terreno, y creyó que sólo fuese un destacamento de tropas ligeras. Sin embargo, muy pronto volvió su caballería para noticiarle que el encuentro era grave y que por todas partes se oía fuego. Sin tomar más informes, Alvinzy destaca al punto dos divisiones; la una, al mando de Provera, sigue por el dique de la izquierda, adelantándose hacia Arcola. Viendo Massena á los austriacos acercarse, déjalos avanzar por aquel estrecho dique, y cuando juzga que se han internado bastante, cae sobre ellos al paso de carga, los rechaza, precipítalos en los pantanos y mata ó ahoga á muchos de ellos. La división Mitrousky llega á Arcola, desemboca por el puente y sigue la línea del dique como la de Provera. Augereau se precipita contra ella, la desbarata y lanza á los pantanos á un gran número de enemigos; persíguela después y quiere pasar el puente en su seguimiento, pero aquél estaba mejor guardado aún que por la mañana. Una numerosa artillería impedía aproximarse y todo el resto de la línea austriaca se desplegaba en la orilla del Alpón haciendo fuego de través sobre el dique. Augereau coge una bandera y la lleva al puente; sus soldados le siguen, pero un fuego espantoso les obliga á retroceder. Los generales Lannes, Verne, Bon y Verdier están gravemente heridos; la columna se retira y los soldados bajan costeano el dique para guarecerse del fuego.

Bonaparte veía desde Ronco el movimiento del ejército enemigo, que advertido al fin del riesgo, apresurábase á salir de Caldiero para no ser sorprendido por la retaguardia en Villa-Nova. Contemplaba con dolor cómo se frustraban los más grandes resultados, y había destacado á Guyeux con una brigada para intentar el paso del Alpón más acá de Arcola; pero necesitábase para ello algunas horas, y era de la mayor importancia franquear el puente en el acto á fin de llegar á tiempo á la retaguardia de Alvinzy y obtener una completa victoria; de ello dependía la suerte de Italia. Bonaparte no vacila, precipítase á galope, llega cerca del puente, acércase á los soldados que se guarecían en la orilla del

dique, les pregunta si son aún los vencedores de Lodi, reanímolos con sus palabras, y empuñando una bandera les grita: «¡Seguid á vuestro general!» Al oír su voz, algunos soldados suben á la calzada y le siguen, pero desgraciadamente no se puede comunicar el movimiento á toda la columna, parte de la cual se queda en el dique. Bonaparte avanza, con la bandera en la mano, en medio de una lluvia de balas y de metralla; todos sus generales le rodean; Lannes, herido ya de dos balazos durante el día, recibe un tercero, y el joven Mui-rón, ayudante de campo del general, quiere protegerle con su cuerpo y cae muerto á sus pies. Sin embargo, la columna estaba á punto de franquear el puente, cuando una última descarga la detiene, rechazándola de nuevo; la retaguardia queda separada de la vanguardia, y los soldados que han quedado cerca del general, llevándose á éste en medio del fuego y del humo, tratan de hacerle montar á caballo. Una columna austriaca que avanza contra ellos los precipita desordenadamente en el pantano; Bonaparte cae y se hunde hasta medio cuerpo; apercíbense sus soldados del peligro, y gritan: «¡Adelante, para salvar al general!» Precipítanse detrás de Belliard y Vignoles para librarle, sácanle del fango, le montan á caballo y vuelve á Ronco.

En aquel momento había conseguido Guyeux pasar por más acá de Arcola y apoderarse del pueblo por la otra línea, mas ya era tarde. Alvinzy había hecho desfilarse sus parques y sus bagajes, desplegándose después en la llanura, y estaba en disposición de oponerse á los designios de Bonaparte.

Tanto heroísmo y tanto genio habían sido, pues, inútiles: Bonaparte hubiera podido evitar el obstáculo de Arcola echando un puente sobre el Adige, un poco más arriba de Ronco, es decir, en Albaredo, punto en que el Alpón se reúne con el Adige; pero entonces desembocaba en la llanura, lo cual importaba evitar, y no podía correr en auxilio de Verona por el dique de la izquierda (1). Tuvo, pues, razón en hacer lo que hizo; y aunque el éxito no fué completo, acababa de obtener importantes resultados. Alvinzy había abandonado su temible posición de Caldiero, volviendo á bajar á la llanura, y ya no amenazaba á Verona; perdió mucha gente en los pantanos, y los dos diques eran ya el único campo de batalla entre ambos ejércitos, lo cual aseguraba la ventaja á la bravura, haciéndola perder al número. Por último, los soldados franceses, animados con la lucha, habían recobrado toda su confianza.

Bonaparte, que tenía que pensar en todos los peligros á la vez, debía ocuparse de su izquierda, abandonada en la Corona y en Rívoli; y como á cada instante podía ser arrollada, quiso prepararse para volar en su socorro. Pensó, pues, que era preciso replegarse desde Gombione y Arcola, repasar el Adige por Ronco, y acampar más acá del río para poder auxiliar á Vaubois si durante la noche se tenía noticia de una derrota. Tal fué aquella primera jornada del 25 brumario (14 noviembre).

La noche pasó sin ninguna mala noticia: supose que Vaubois se mantenía en Rívoli; las hazañas de Castiglione protegían á Bonaparte por este lado, porque Davidovich, que mandaba un cuerpo de ejército en aque-

(1) Reproduzco aquí una crítica, con frecuencia dirigida á Bonaparte, acerca de esta célebre batalla, y la respuesta que dió en sus Memorias.

lla batalla, conservaba tal impresión del acontecimiento, que no osaba avanzar antes de recibir noticias positivas de Alvinzy. Resulta, pues, que el prestigio del genio de Bonaparte estaba allí donde no se hallaba su persona. Comienza la jornada del 26 (16 noviembre) encontrándose los enemigos en ambos diques: los franceses cargan á la bayoneta, desbaratan á los austriacos, precipitando muchos de ellos en los pantanos, y hacen un gran número de prisioneros, apoderándose de banderas y cañones. Bonaparte manda hacer fuego aún sobre la orilla del Alpón, mas no intenta atravesarle; llegada la noche, vuelve á replegar sus columnas, las retira de los diques y reúne las en la otra orilla del Adige, satisfecho con haber cansado al enemigo durante todo el día y esperando noticias más seguras de Voubois. La segunda noche pasa como la primera; y como las noticias de aquel general son tranquilizadoras, se puede consagrar una tercera jornada para luchar definitivamente contra Alvinzy. Al fin ilumina el sol por tercera vez aquel espantoso teatro de carnicería: era el 27 (17 noviembre 1796): Bonaparte calcula que el enemigo debe haber perdido al menos una tercera parte de su ejército entre muertos, heridos y ahogados ó prisioneros; supone que está rendido y desanimado; ve á su gente entusiasmada, y decídese entonces á salir de los diques para presentar la batalla en la llanura, más allá del Alpón. Así como los días anteriores, los franceses salen por Ronco y encuentran á los austriacos en los diques. Massena ocupa siempre el de la izquierda, y en el de la derecha está el general Robert, que debe atacar, mientras Augereau cruzará el Alpón por cerca de su desembocadura en el Adige. Massena lucha al principio contra una viva resistencia; pero poniendo su sombrero en la punta de la espada, adelántase á la cabeza de sus soldados. Así como los días anteriores, muchos enemigos perecen ó caen prisioneros: en el dique de la derecha, el general Robert avanza al principio con éxito; pero cae muerto después, y su columna es rechazada casi hasta el puente de Ronco.

Bonaparte, que ha visto el peligro, sitúa á la brigada 32.^a en un bosque de sauces que costea el dique; y mientras la columna enemiga, victoriosa de Robert, avanza resueltamente, precipítase sobre ella de pronto saliendo de su emboscada, atácala de flanco é introduce en ella el más espantoso desorden. Componiase esta columna de tres mil croatas, los más de los cuales son muertos ó caen prisioneros. Los diques quedan despejados entonces y Bonaparte resuelve franquear el Alpón: Augereau le había cruzado por la extrema derecha; Bonaparte manda á Massena retirarse del dique de la izquierda para pasar al de la derecha y dirigirse á Arcola, que ha sido evacuado, y conduce así todo su ejército hacia la llanura, al frente de Alvinzy.

Antes de ordenar la carga, Bonaparte quiere sembrar el pánico por medio de una estratagema: un pantano lleno de cañas cubría el ala izquierda del enemigo: ordena al jefe de escuadrón Hércules que tome veinticinco de sus guías y se deslice á través del cañaveral, atacando de improviso al enemigo con gran estrépito de trompetas. Aquellos veinticinco héroes se disponen á ejecutar la orden, mientras Bonaparte da la señal á Massena y Augereau: éstos cargan vigorosamente contra la línea austriaca, que resiste; pero de repente se oye un

gran rumor de trompetas, y los austriacos, creyendo que les ataca toda una división de caballería, ceden el terreno. En el mismo instante, la guarnición de Legnago, que había salido por orden de Bonaparte para hostigar á la retaguardia, aparece á lo lejos, y aumentase la alarma del enemigo, que comienza á retirarse. Después de setenta y dos horas de aquel espantoso combate, desanimados y rendidos de fatiga, los austriacos ceden la victoria al heroísmo de algunos miles de bravos y al genio de un gran capitán.

Los dos ejércitos, agotadas sus fuerzas, pasaron la noche en la llanura, y á la mañana siguiente Bonaparte dió orden para que continuara la persecución sobre Vicenza. Llegado á la altura de la calzada que conduce desde el Brenta á Verona, pasando por Villa-Nova, confió sólo á la caballería el cuidado de perseguir al enemigo, y propúsose entrar de nuevo en Verona por el camino de Villa-Nova y de Caldiero á fin de ir en socorro de Vaubois. En el camino supo Bonaparte que aquel general se había visto en la precisión de abandonar la Corona y Rívoli, replegándose sobre Castel-Novo, y redoblando la celeridad llegó aquella tarde misma á Verona, pasando por el campo de batalla que había ocupado Alvinzy. Entró en la ciudad por la puerta opuesta á aquella por donde salió; y cuando los veroneses vieron aquel puñado de hombres que, después de marchar como fugitivos por la puerta de Milán, entraban como vencedores por la de Venecia, quedaron asombrados; amigos y enemigos no pudieron ocultar la admiración que les causaban el general y los soldados que acababan de cambiar tan gloriosamente el destino de la guerra. Desde aquel momento ninguno abrigó temores ó esperanzas de que se pudiese expulsar á los franceses de Italia.

Bonaparte ordenó á Massena que marchase al punto á Castel-Novo, y á Augereau que se dirigiera sobre Dolce por la orilla izquierda del Adige. Davidovich,

atacado por todas partes, fué rechazado muy pronto hasta el Tirol con pérdida de un gran número de prisioneros. Bonaparte se contentó con ocupar de nuevo las posiciones de la Corona y de Rívoli, sin querer remontar hasta Trento para tomar posición del Tirol. El ejército francés se había debilitado singularmente con esta última lucha; el austriaco acababa de perder ocho ó diez mil hombres entre muertos y heridos, sin contar cinco mil prisioneros, y aun constaba de más de cuarenta mil hombres, incluso el cuerpo de Davidovich. Retirábase al Tirol y al Brenta para descansar, y distaba mucho de haber sufrido tanto como los ejércitos de Würmser y Beaulieu, porque, rendidos los franceses, sólo pudieron rechazarle sin exterminarle, y era preciso renunciar á perseguirle mientras no llegaran los refuerzos prometidos. Bonaparte se contentó, pues, con ocupar el Adige desde Dolce al mar.

Esta nueva victoria produjo en Italia y en Francia una inmensa alegría: admirábase en todas partes aquel genio tenaz, que con catorce ó quince mil hombres ante cuarenta mil no había pensado en retirarse; aquel genio profundo, aquel espíritu de inventiva, que supo descubrir en los diques de Ronco un campo de batalla enteramente nuevo, donde anulando el número del enemigo se podía atacarle por los flancos. Celebrábase sobre todo el heroísmo desplegado en el puente de Arcola, y en todas partes se representaba al joven general con una bandera en la mano en medio del fuego y del humo. Los dos Consejos al declarar, según la costumbre, que el ejército de Italia había merecido otra vez bien de la patria, resolvieron además que las banderas tomadas por los generales Bonaparte y Augereau en el puente de Arcola se les entregasen para ser conservadas en sus familias. ¡Hermosa y noble recompensa, digna de una edad heroica y mucho más gloriosa que la diadema otorgada más tarde por la debilidad al genio todopoderoso!